

Secretaría de Prensa

**DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,**  
**D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, ANTE EL COMITE DE**  
**REPRESENTANTES DE LA ALADI**

MONTEVIDEO, 23 de Marzo de 1992.

Señoras y señores:

Antes que nada, gracias, señor presidente y gracias señor secretario, por los conceptos tan benévolos, tan estimulantes respecto de mi persona y de mí Patria.

Como Presidente de la República y representante del pueblo de Chile, es un alto honor para mí dirigirme a ustedes, los Representantes Permanentes del principal organismo de integración de la región.

Mi presencia en este foro es testimonio de nuestro retorno a la comunidad democrática y de nuestra firme voluntad de retomar nuestra tradición para profundizar la cooperación y entendimiento entre naciones, no sólo ligadas por la historia sino por el compromiso de construir un futuro para la democracia, la libertad y la prosperidad de cada uno de sus ciudadanos.

Este fin de siglo sorprende a la humanidad viviendo un período de cambios, cuya velocidad no tienen parangón en la historia. Estamos frente al desafío de comprender el sentido de estos cambios y también de adelantarnos a ellos para no ser

meros espectadores sino capaces de conducirlos hacia la realización de las metas y de los valores que nos inspiran.

La lucha por la libertad que ha librado nuestra región es el mejor testimonio de su capacidad de comprender y anticipar el signo de los tiempos. Su éxito nos permite abocarnos plenamente a la más urgente de nuestras tareas: que cada mujer y cada hombre de esta tierra tenga la posibilidad de construir una vida digna.

Hemos dado con éxito la batalla por la libertad. Hoy desplegamos nuestras energías para derrotar a la pobreza.

Con tal fin debemos generar las condiciones que nuestro realismo y nuestra imaginación nos indiquen para incorporarnos positivamente al nuevo orden mundial en gestación. Ello nos conduce a una nueva concepción de la integración regional, con objetivos e instrumentos coherentes con el cambio en las relaciones económicas internacionales.

Asistimos a la conformación de grandes espacios integrados, institucionalmente o de hecho, que despliegan una fuerza arrolladora en el comercio, la inversión, el desarrollo de las ciencias y las nuevas tecnologías. La Europa del 92 y la virtual creación de un Espacio Económico Europeo Común, acordado en la reciente reunión de Maastricht, constituyen un claro ejemplo de esta nueva realidad.

Pero en contraste vemos, con justificada inquietud, el resurgimiento de atávicos sentimientos nacionalistas, de origen étnico o fundamentalistas, que representan un peligro de fraccionamiento y violencia.

El mundo bi-polar de la Guerra Fría, dividido en bloques ideológicos, ha cedido lugar a una multipolaridad, con nuevas alianzas y equilibrios que abren mayores perspectivas de participación para los países en desarrollo.

Por otra parte, el dinamismo económico, financiero y tecnológico, radicado por siglos en el Atlántico norte, se desplaza hacia el Pacífico, hacia Japón y los países asiáticos de reciente industrialización, revolucionando los conceptos sobre los requisitos del desarrollo. La internacionalización de la economía es una realidad a la vez que un desafío, y la libertad de comercio se levanta como un motor fundamental, a la vez que como un principio de reciprocidad.

Resulta paradójal que justamente ahora, cuando los países de América Latina estamos haciendo un gran esfuerzo para abrir nuestras economías y hacerlas eficientes y competitivas, con un elevado y desigual costo social, resurja en el mundo industrializado un "neo-proteccionismo" que limita e impide el vital acceso de nuestras exportaciones.

Lo repetiremos hasta que sea comprendido: no le pedimos al mundo desarrollado ni caridad ni privilegios. Le pedimos igualdad de condiciones.

El proteccionismo se expresa hoy en instrumentos más sutiles que los altos aranceles aduaneros o las cuotas y prohibiciones de importación, que van desde inaceptables "restricciones voluntarias de exportación", hasta insalvables barreras técnicas y complejas normas de carácter sanitario.

El sistema multilateral de comercio y, en particular, su instancia máxima, el GATT, son las instancias más representativas para contener y revertir esta tendencia proteccionista.

Muchos países del mundo, incluyendo a numerosos miembros de ALADI, han hecho esfuerzos denodados por llevar a un exitoso término la actual Ronda Uruguay.

Hasta ahora no se logra, en especial por la negativa de algunos países industriales a abrir sus mercados agrícolas y reducir sus programas de subsidios.

Debe surgir desde ALADI un llamado, con ribetes de urgencia, a concluir satisfactoriamente las negociaciones. Esta es la contribución más importante que podría hacerse no sólo al libre comercio sino también a las perspectivas de desarrollo de los países más pobres.

No puedo dejar de referirme, dentro de este contexto, a la "Iniciativa para las Américas" del Presidente de los Estados Unidos de América. Estamos convencidos que constituye una seria propuesta del Gobierno de esa Nación y una efectiva invitación a la negociación, para conformar, en los próximos años, un vasto espacio de cooperación económica.

Dicha área debe caracterizarse por un acceso irrestricto a los mercados, en particular a través de la abolición de cuotas y otras barreras no arancelarias.

Esperamos que los Poderes Ejecutivo y Legislativo de esa Nación abran canales adecuados para avanzar en un amplio proceso de negociación con los países de la región.

América Latina ha superado las visiones dogmáticas, bipolares y autárquicas que tanta influencia tuvieron en el pasado y busca abrirse al mundo con dinamismo y sentido de responsabilidad. Vemos hoy con optimismo la prevalencia de modelos de desarrollo económico y social inspirados en una creciente apertura económica y en la preservación de los equilibrios macroeconómicos básicos, lo que sustenta una mayor eficiencia productiva y el libre desarrollo de la iniciativa privada.

La creación de condiciones para la conformación de una economía competitiva, capaz de desenvolverse en el amplio pero a la vez complejo mercado internacional, resulta un desafío ineludible.

En este sentido, estamos abordando la reorientación del Estado, que sin perder su papel rector en la sociedad, libere las iniciativas creativas de las organizaciones intermedias y de la empresa privada. Hoy predomina una visión realista y tecnificada de las relaciones entre el capital, el trabajo y el conocimiento científico y técnico, todo ello en armonía con el respeto a la libertad individual.

Si buscamos tan afanosamente la eficiencia para la internacionalización de nuestras economías, lo hacemos porque ese es el camino para lograr la verdadera integración nacional e incorporar a todos los sectores sociales, principalmente a los más pobres, a los beneficios y no sólo a los esfuerzos del desarrollo. La justicia es el fin, la eficiencia es el medio. Ni las manos invisibles ni las tentaciones populistas serán capaces de conjugar crecimiento económico con justicia social.

Las substantivas reformas hoy en curso y la reciente apertura económica de los países latinoamericanos, están produciendo una nueva dinámica en su comercio internacional, capaz de potenciar, en forma eficiente y a un costo sustancialmente menor para los habitantes de la región, el comercio recíproco y la integración de sus economías, superando el falso dilema entre integración regional y apertura del mundo.

La integración económica de la región constituye un imperativo que no podemos ni queremos eludir. La desgastada retórica ha dado paso a la urgencia.

Mientras en el resto del mundo se adoptan decisiones trascendentales en esta materia, nuestra integración, tanto en lo institucional como en la ejecución de programas y proyectos concretos, se mantiene en un curso relativamente lento, con casi los mismos instrumentos de hace treinta años.

No obstante, estamos en condiciones de ser optimistas respecto al futuro. La existencia en los once países de ALADI de regímenes democráticos representativos, como aquí se ha destacado, es el primer fundamento de este optimismo. La democracia otorga al proceso de integración legitimidad política y estabilidad, en la medida en que compromete en él a gobiernos que emanan de la voluntad popular a la vez que concita el apoyo de los actores de la sociedad civil, sin cuya concurrencia la integración sería incompleta.

A la integración económica es necesario agregar la cooperación científica y técnica, la protección del medio ambiente y el intercambio cultural. Ello presupone la acción no sólo de los gobiernos sino de los distintos sectores de la comunidad nacional. Las organizaciones empresariales ya han comenzado este camino, como comienzan a hacerlo los partidos políticos y las fuerzas sindicales y laborales.

Si la democracia que hoy impera en los países de la ALADI es una condición necesaria de la integración, también lo es la mantención de los equilibrios macroeconómicos.

Un esquema de integración, aún cuando sólo se limitara a aumentar el intercambio comercial recíproco a altos niveles, no puede tener como resorte único o fundamental la simple liberación arancelaria de productos. Una notoria heterogeneidad en el diseño y conducción de las políticas macroeconómicas perturba la estabilidad, el equilibrio, la reciprocidad y la eficacia de un proceso de integración que compromete a dos o más economías nacionales.

Afortunadamente, aunque con diferentes ritmos, todos los países aquí representados han iniciado un proceso de apertura al comercio exterior que privilegia, aunque tenga costos políticos a corto plazo, el equilibrio de las políticas macroeconómicas como condición necesaria para un desarrollo económico sano.

Desde un punto de vista puramente comercial, es motivo de optimismo esa

voluntad de apertura que están exhibiendo la gran mayoría de los países de la región. Los últimos años han presenciado, en varias naciones, una rebaja unilateral de aranceles que no tiene precedentes históricos. Falta bastante, sin embargo, para que nuestras economías estén en condiciones de aspirar a una integración total a nivel regional.

Para que esa antigua aspiración se concrete, ella debería estar basada en algunos aspectos que considero claves:

- Una liberación arancelaria gradual y automática del universo arancelario, salvo en una reducida nómina de productos exceptuados.
- La supresión, lisa y llana, de todas las medidas para-arancelarias que entaban el comercio recíproco.
- La vigencia de normas claras de competencia comercial que contraataquen eficazmente prácticas y políticas desleales, como subsidios y "dumping".
- La estructuración de un mecanismo jurídico eficaz de solución de controversias.
- La tendencia a liberar otros factores de producción, incluyendo la no discriminación en materia de inversiones y de servicios en general.

Dada la distinta profundidad en la aplicación de las políticas comerciales y macroeconómicas, este proceso ha debido ser gradual. Afortunadamente, el Tratado de Montevideo de 1980 permite a los países miembros de esta Asociación avanzar a través de entendimientos subregionales, parciales y aún bilaterales.

Amparado en esa posibilidad realista es que Chile, como le consta a este Comité, ha celebrado hasta la fecha trascendentales Acuerdos de Complementación Económica con las Repúblicas de Argentina y México. Es intención de mi gobierno promover este tipo de acuerdos con aquellos países de la región que estén dispuestos a avanzar en una apertura generalizada y uniforme del comercio bilateral.

Para Chile no resultan indiferentes, y sí muy promisorios, los históricos entendimientos económicos de los países involucrados, tanto en el Grupo Andino

como en el denominado MERCOSUR.

Los países del Grupo Andino, si nos atenemos a las declaraciones y mandatos emanados de las recientes reuniones Cumbres Presidenciales de La Paz, Guayaquil y Barahona, han dado una muestra fehaciente de la capacidad de adaptar su proceso a los actuales requerimientos y desafíos económicos. Esto constituye una demostración de pragmatismo y realismo político que celebramos.

Por otra parte, en relación al MERCOSUR, quisiera plantearles algunas reflexiones que me parecen importantes.

Los crecientes y complejos vínculos económicos generados entre Argentina y Brasil, que comenzaron con el Programa de Integración y Cooperación Económica a partir de 1986, hasta desembocar en el Tratado de Asunción que dio origen al MERCOSUR, incluyendo a Paraguay y Uruguay, constituyen un hito histórico en la evolución del proceso de integración regional. Dichos entendimientos vinieron a remecer profundamente un proceso que, al menos en el Cono Sur, parecía languidecer ostensiblemente.

Si bien el MERCOSUR se habrá de orientar definitivamente a crear las instituciones e instrumentos propios de un auténtico mercado común a partir de fines de 1994, debemos valorarlo muy positivamente desde ya.

Son bien conocidas de todos ustedes las razones estrictamente económicas que nos han inhibido de ser participantes plenos de ese proceso. Por cierto que ello no significa haber renunciado a una búsqueda realista y continua, tendiente a profundizar las relaciones económicas con estas naciones hermanas. Mi presencia en Uruguay es una clara manifestación en ese sentido.

La reorientación realista de las políticas que inspiran a los países del Pacto Andino, a que aludía recientemente, nos están permitiendo también avanzar seriamente en negociaciones bilaterales con naciones amigas que lo integran. Contribuiría a este proceso una clarificación por parte del Pacto Andino de su política de acuerdos comerciales bilaterales con países que no son miembros de dicha asociación. Chile tiene un claro interés por afianzar vínculos económicos con las naciones andinas. Nuestra reciente participación en la CAF constituye un paso en esta dirección.

En estos momentos de ebullición de entendimientos subregionales y bilaterales

de gran alcance el papel de ALADI es relevante.

El Tratado de Montevideo de 1980, que dio origen a esta Asociación, persigue la creación de un mercado común regional. Aunque el propósito resulte ambicioso e indeterminado en el tiempo, corresponde a ALADI ir creando, desde ya, las condiciones favorables para lograr tal objetivo.

Son múltiples los aspectos comerciales, de cooperación en materia de servicios, de cooperación cultural, científica y tecnológica, de defensa del medio ambiente, de elaboración común de normas técnicas, sanitarias y fitosanitarias, que deben abordarse pronto y con realismo.

ALADI es el eje fundamental de la integración regional y debe aprovecharse plenamente la potencialidad jurídica de los acuerdos de alcance regional y parcial que permite el Tratado de Montevideo de 1980, para asumir compromisos adecuados a los nuevos y crecientes desafíos.

ALADI debiera ser el órgano ejecutor de aquellas tareas de integración y cooperación regional que se discuten al más alto nivel político en el Grupo de Río, que es nuestro mecanismo permanente de consulta y concertación política regional y en el cual, afortunadamente, participan todos los países aquí representados.

Por ello quisiera reiterar el compromiso de mi país con el futuro de esta Asociación y apoyar la preocupación de su Comité de Representantes por lo que se ha denominado "rescate de la credibilidad de la ALADI". Estamos confiados en el éxito de sus tareas, porque estamos conscientes de su necesidad y de su urgencia.

Señores representantes:

Muchos hombres y mujeres se congregaron en el pasado con la esperanza y la ilusión de hacer de América Latina una tierra unida por amor a la libertad, a la democracia y a la justicia. Somos herederos de esa tradición.

Es muy grato para mí dejar aquí, en el retrato del ilustre jurista y americanista don Andrés Bello, un testimonio de un hombre superior de nuestra América, que con su visión futurista y su capacidad jurídica y científica dio muestras de ser un servidor eficaz de estos anhelos e ideales.



Como chilenos, nos hemos sentido siempre orgullosos de nuestra vocación americana y desde lo más austral del continente hemos participado de ese sueño grande y generoso de Bolívar. Nuestros juristas, nuestros estadistas y nuestros poetas han dado testimonio de ello. Chile ha retomado con fuerza su vocación americana y la retoma en un momento promisorio de la historia del continente, porque a la bondad de nuestros sueños sabemos hoy, mejor que ayer, incorporar la eficacia de nuestras acciones.

La historia de los pueblos es larga, pero las oportunidades para construir la historia que se quiere son pocas. Estamos frente a una de esas oportunidades. Estoy cierto que no la perderemos.

Muchas gracias.

\* \* \* \* \*

MONTEVIDEO, 23 de Marzo de 1992.

MLS/EMS.